

EL YOGA DE 'EL SEÑOR DE LOS ANILLOS'
(REFLEXIONES Y RECREACIONES
EN TORNO AL MUNDO DE TOLKIEN)

PRÓLOGO

por Iris Villamide

J.R.R. TOLKIEN:

EL LENGUAJE DE UN MAGO

Hace algo más de cien años, el 3 de enero de 1892, nacía John Ronald Reuel Tolkien, sin duda uno de los escritores más interesantes de este siglo. Aunque nacido en Sudáfrica, permaneció muy pocos años en este país, puesto que en la primavera de 1895, tras la temprana muerte de su padre, se trasladó a Inglaterra donde vivió el resto de su vida.

Su infancia transcurre acunada por el aprendizaje de lo que luego se había de convertir en parte esencial de su vida: el lenguaje. Desde muy pequeño su madre le enseña latín y francés, plantando así en el corazón del pequeño John la semilla que más tarde le transformaría en el autor de la más grande obra poética escrita en prosa. Poco había de durar, sin embargo, esta magnífica compenetración materno-filial: en 1904 moría su madre cuando contaba tan solo 34 años.

A partir de ese momento los hermanos Tolkien quedan a cargo de un tutor, un clérigo en quien su madre confiaba plenamente y que permitió que los deseos de Mabel Tolkien respecto al futuro de sus hijos se convirtieran en realidad. Marcado fuertemente por una estricta educación religiosa se va forjando en esos años el carácter de J.R.R. Tolkien, un hombre que durante toda su vida amó el mar aunque pocas veces pudo vivir cerca de él, que amó siempre la naturaleza aunque durante años apenas pudo gozar de ella, que ansiaba escuchar el ruido de las olas rompiendo contra la costa de Cornwall aunque pasó mucho tiempo sin oírlo más que en sueños. En suma, un hombre de antítesis que fue en su juventud duro jugador de rugby y sensible escritor de hadas.

Su temprano interés por el lenguaje le lleva en 1919 a la creación de un alfabeto. Para entonces se había interesado ya profundamente por el galés y el celta y podía hablar en latín, griego y anglosajón. Ni siquiera la guerra mundial pudo atajar ese afán imparable de traspasar el horizonte de cualquier forma de lenguaje: durante el tiempo que estuvo en el frente aprendió código Morse, la señalización con discos y banderas, la transmisión de mensajes por medio de lámpara y heliógrafo, el empleo de bengalas y teléfonos de campaña, e incluso la forma de operar con palomas mensajeras. El lenguaje era su vida, y a su enseñanza y a su estudio dedicó la mayor parte de la misma en las mejores universidades del Reino Unido. En palabras de uno de sus mejores amigos, C.S. Lewis, *“Tolkien había estado en el corazón del lenguaje”*.

Su profundo conocimiento de las lenguas le lleva a penetrar en los pasadizos secretos de las mitologías celta y escandinava. Atrapado por su belleza, comienza a crear lentamente su propia mitología, labor en la que invertiría una vida entera. El *Silmarillion*, su obra inacabada, es la crónica de los Días Antiguos o la Primera Edad del Mundo, de la creación del universo y de los *silmarils*, las tres grandes joyas de los elfos, de su robo por el maligno poder de Morgoth, y de las guerras por medio de las cuales los elfos tratan de recuperarlas. Es la crónica de las

primeras edades del mundo, los Primeros Días, marcados sin duda por las terribles manifestaciones del mal que provoca necesariamente la separación del Origen, pero también por la belleza de las primeras floraciones de la Creación y por la emoción incontenible de la aventura de un Mundo Nuevo.

“Entre las historias de dolor y de ruina que nos llegaron de la oscuridad de aquel entonces, hay sin embargo algunas en las que en medio del llanto resplandece la alegría, y a la sombra de la muerte hay una luz que resiste ...”

Al mismo tiempo, en 1930, comienza a escribir *El Hobbit*, una obra que en un principio fue un cuento infantil, un relato para sus hijos. Preocupado por el hecho de que se utilizase un lenguaje estúpido para niños, Tolkien escribió varias obras únicamente para deleite de sus hijos. Tierno y comprensivo con ellos, nunca se mostró reservado en la cálida expresión de su cariño y escribió para ellos numerosos cuentos y obras como las Cartas que Papá Noel dejaba cada año en su casa mientras sus hijos fueron pequeños. Destinado originalmente a la lectura privada, *El Hobbit* llega por esos extraños caminos que el ignorante llama azar a las manos de un editor y, poco después, se convierte en un éxito literario: nacía así un gran escritor que nunca había pretendido ser grande, y que a lo largo de toda su carrera habría de conservar su grandeza y su humildad.

En 1937, año de publicación de *El Hobbit*, a instancias de su editor, comienza a escribir una segunda parte, que para muchos lectores acabaría convirtiéndose en una de las mejores obras del siglo XX: *El Señor de los Anillos*. *El Hobbit* era una historia, un cuento, mientras que *El Señor de los Anillos* poco a poco fue convirtiéndose en algo mucho más cercano a *El Silmarillion*, una continuación de su mitología. Una mitología que es, sobre todo, preocupado como estaba por el hecho de que sus mitos no fueran mentira, una de las expresiones posibles de la Verdad que resuelve el enigma de este mundo paradójico.

“Siempre tuve la sensación de registrar algo que ya estaba ‘allí’, en alguna parte, jamás la de ‘inventar’”.

Y verdaderamente nada parece inventado en ese mundo poblado de seres dotados de una fuerza y un conocimiento que sólo puede proporcionar un profundo trabajo interior; o de seres aparentemente vulgares que el lector ve transformarse lenta y trabajosamente en guerreros de la verdad, portadores de un mensaje luminoso; o de seres brillantes que no guardan en su interior más dolor que el causado por el avance de la oscuridad ni más animadversión que la sentida hacia el Señor Oscuro; o de seres valerosos y prudentes que dicen mucho menos de lo que saben y no más de lo que deben; o de seres interiormente sabios, ricos en sabiduría capaz de transformar a los hombres:

“¿Puedes devolver la vida? -le pregunta Gandalf a Frodo cuando éste se lamenta de que el perverso Gollum siga existiendo- Entonces no te apresures a dispensar la muerte, pues ni el más sabio conoce el final de todos los caminos”.

y bebidas estas palabras, Frodo ya jamás será el mismo. Un mundo, decíamos, habitado por seres que aman y conocen la naturaleza hasta el vientre de la tierra; o por seres oscuros que en ocasiones orillan la bondad y cuya fuerza llega a tambalearse en el horizonte del mal; o por seres libres, a los que no subyuga la tentación de un tesoro, la atracción de un poder por más grande que éste sea; o por héroes victoriosos, conscientes de ser sólo instrumentos de la Verdad, porque:

“Las grandes historias nunca terminan como historias, pero los protagonistas llegan a ellas, y se van cuando han cumplido su parte...”

Al adentrarse en las primeras páginas de *El Señor de los Anillos* tiene el lector la sensación de penetrar en un tablero de juego inmenso en el que resulta difícil que las piezas encajen. Al principio es preciso luchar contra la confusión que parece producir la continua sucesión de personajes con nombres curiosos y poco fáciles de recordar. Sin embargo, superada esa prueba iniciática, el ambiente mágico de la *Comarca* comienza a atrapar al lector, quien poco a poco se deja envolver por la amable simpleza aparente de sus habitantes. Los futuros héroes parecen en ese momento torpemente incapaces de cualquier aventura, no se adivina en ellos a los guerreros luminosos en que habrán de convertirse. Como acompañando el ritmo de evolución de los personajes, también el ritmo narrativo y su forma van enriqueciéndose lentamente: las actitudes y el lenguaje son cada vez más complejos, reflejando una intensa vida interior y una sabiduría que va más allá del conocimiento.

Personajes entrañables van apoderándose poco a poco de nuestro corazón: Gandalf, Bilbo, Frodo, Sam, Pippin y Merry se mueven ya entre nosotros con la cálida familiaridad de las muchas horas compartidas. Poco a poco se nos van revelando aquellos pasos que llevan a cruzar la línea (imperceptible para el transgresor pero perfectamente clara para el sabio) que separa el Bien y el Mal: la ambición de Smeagol, la arrogancia de Boromir, la soberbia de Saruman... Poco a poco, también, descubrimos el camino que lleva a la grandeza a través del sacrificio de uno mismo; una grandeza, sin embargo, humilde porque nace de la erradicación de la vieja personalidad y es perceptible sólo para los ojos del sabio.

Seres irrepetibles van hollando nuestros corazones, en donde permanecerá para siempre el dolor de su pérdida. Nada parece más real que la gravedad del aire y el ahogo que se siente a medida que la desmembrada compañía se dirige a la tierra de Mordor. Sentimos en nuestro cuerpo el cansancio del camino y se asfixia nuestro espíritu al paso de los Nazgul, destructores instrumentos del Señor Oscuro. Compartimos el hedor de las ciénagas, el dolor de los caídos, la contenida rabia de nuestros guerreros, y admiramos su valerosa humildad, su dolorosa determinación de llegar como sea hasta el final del camino, al cumplimiento de la misión.

Para entonces es ya imposible perder el ritmo de la obra: no es el lector quien sigue la narración sino ésta la que le conduce por frondosos bosques, por senderos escarpados al final de los cuales habita sólo el abismo, por caminos de muerte y destrucción, o por arroyos de aguas puras y milagrosas. Y el lector siente, a veces, sus pies agotados de escalar montes infinitos y, otras, galopa ligero a lomos de Sombragris, el corcel sabio y veloz del Caballero Blanco.

Y cumplida la misión y recobrado el aliento regresa la compañía de nuevo a sus orígenes y sus corazones contemplan entristecidos los restos del paso de la oscuridad por la *Comarca*. Sus mágicas armas libran la última batalla y vuelve el sosiego a sus almas y a sus vidas hasta que llega el momento del adiós definitivo de sus cuerpos. Sólo entonces nuestros héroes permiten a sus ojos una humilde ofrenda de lágrimas:

“¡Id en paz! No os diré: no lloréis; porque no todas las lágrimas son malas”.

Doce años tardó Tolkien en escribir esta gran obra, y en cada una de sus líneas fue dejando gozoso algo de su vida:

“Está escrita con la sangre de mi vida, gruesa o delgada, como sea, y no puedo hacer otra cosa”.

Coherente con el espíritu de sus personajes, Tolkien fue durante toda su vida un hombre humilde, con gran sentido del humor, riguroso y serio en su trabajo, pero con una enorme capacidad de entusiasmo. Capaz de vivir en cualquier lugar, por lúgubre y oscuro que éste pudiera parecerle; le preocupaba hasta hacerle enfurecer la destrucción del paisaje por el hombre:

“... Cómo envidio a aquellos que no han visto los paisajes de su niñez sufrir tan violentos y horribles cambios”.

Gran amante y conocedor de los árboles, depositó toda su ternura en ese personaje entrañable de *El Señor de los Anillos*, Bórbol, capaz, por una parte, de enfurecerse hasta destruir la potente fortaleza de Isengard y, por otra, de mimar con cuidadoso esmero a dos pequeños hobbits perdidos en sus dominios.

En 1954 se publican los volúmenes I y II de *El Señor de los Anillos* y en 1955 el volumen III, con cierto desasosiego por parte de su autor:

“Tengo miedo... He expuesto mi corazón a los disparos”.

Sin embargo, los disparos fueron flechas de luz, y el corazón de Tolkien se llenó de comentarios de alabanza a su obra. Diez años después era ya objeto de culto en las más importantes universidades americanas. Mientras, en los años 70, Tolkien seguía tratando de escribir la versión definitiva de *El Silmarillion*, labor cada vez más difícil puesto que en *El Señor de los Anillos* había personajes que no aparecían en la versión original de la obra y debía incorporarlos. Siguió intentándolo hasta el fin de sus días, pero ese intento no había de verse culminado: en 1973 Tolkien, que nos dejaba un Mundo, abandonaba este mundo. Cuatro años después de su muerte, se publicaba al fin *El Silmarillion* gracias al esfuerzo realizado por su hijo Christopher, quien abordó la tarea de recopilar las notas de toda una vida y de ordenarlas de modo congruente, tratando de dar forma más o menos unitaria a las diversas historias del abigarrado conjunto original.

Otras publicaciones componen también el universo literario que Tolkien nos dejó, y de ellas habría que destacar tal vez su obra epistolar. Las cartas de Tolkien constituyen una obra no solamente hermosa y entrañable sino también una ventana al alma, profundamente exquisita, de este autor.

“Existe un lugar llamado ‘cielo’ -le escribe en una de ellas a su hijo Michael durante los dramáticos momentos de la Segunda Guerra Mundial- donde se completa el bien que aquí quedó inacabado; y donde las historias no escritas y las esperanzas insatisfechas hallan continuidad. Todavía podemos reírnos juntos...”

Sin embargo, son *El Silmarillion* y *El Señor de los Anillos* su obra por excelencia, los sortilegios que este mago del lenguaje concibió para nosotros. Todos aquellos que amamos la obra de Tolkien podríamos hacer nuestras, sin duda, las palabras de C.S. Lewis después de leer *El Señor de los Anillos*:

“Sabemos que nos ha afectado. Ya no somos los mismos ...”

**EL TEMA DEL MAL
EN LA MÍTICA DE TOLKIEN**

I. ALCANCE Y SENTIDO DEL DUALISMO EN LA MÍTICA Y LA ÉPICA

Melkor entretejió algunos de estos pensamientos en la música, e inmediatamente una discordancia se alzó en torno, y muchos de los que estaban cerca se desalentaron, se les confundió el pensamiento, y la música vaciló; pero algunos empezaron a concertar su música con la de Melkor más que con el pensamiento que habían tenido en un principio. Entonces la discordancia de Melkor se extendió todavía más, y las melodías escuchadas antes naufragaron en un mar de sonido turbulento.

Silmarilion

En general, las mentes de nuestra civilización que se consideran sabias o, por lo menos, sólidamente preparadas y entrenadas en la arena intelectual son poco proclives a descubrir alguna profundidad en las narraciones de ‘buenos y malos’. Arguyen que, tal y como la vida de cada día nos muestra, el carácter de las personas es demasiado complejo para poder ser descrito con líneas tan simples y radicales, y que asimismo lo son sus motivaciones. Arguyen, por otra parte, que en la gran mayoría de las ocasiones no es fácil determinar qué es el bien y qué es el mal, y que, por esta razón, presentar la lucha de estos valores mediante el enfrentamiento de personajes extremos que expresan en todos sus gestos, palabras, acciones y fines el mal o el bien no es más que una trampa de los narradores que les ayuda a esconder su propia ignorancia respecto de la naturaleza de estos contrarios fundamentales. Pueden arguir, incluso, que el bien y el mal no existen en la realidad sino sólo en la imaginación de espíritus de agravada tendencia mística y religiosa, aunque es dudoso que puedan llegar a extirpar estas palabras de su vocabulario más común o estos conceptos de su praxis más inmediata y cotidiana.

Esta perspectiva de las ‘mentes más entrenadas’ contrasta con las pasiones literarias y cinematográficas de la mentalidad común, que sigue satisfaciéndose con la narrativa de ‘buenos y malos’; aunque aquí los ‘buenos’, más que ser la personificación de algún tipo de ideal, no son sino la figura que encarna la propuesta de identificación del narrador dirigida a su público, una propuesta que se apoya en el hecho de que las debilidades, gustos, ilusiones y motivaciones del protagonista concuerdan con las de esa mentalidad común -o, mejor, vitalidad, emotividad común-, es decir, un conjunto de características humanas mediocres unidas a un afán desmedido de riqueza, poder o fama. Asimismo, los ‘malos’, aquí, acostumbran a ser poco más que la amenaza o el obstáculo -necesario para el juego de la tensión narrativa- contrapuesto a aquellos afanes. Es, precisamente, en esta narrativa de falsos ‘buenos y malos’ donde los argumentos de las mentes ‘más sabias y entrenadas’ hallan su fundamento y plena justificación.

Todo lo anterior resulta interesante porque nos muestra, a través de la lente de la narrativa, lo incapaz que se ha hecho nuestra civilización, que nos estamos haciendo todos nosotros, de reconocer y apreciar el bien y el mal. Esto no quiere decir, por supuesto, que tales conceptos hayan perdido todo sentido para nosotros: consideramos la muerte, las enfermedades y el dolor como males que amenazan nuestro cuerpo; consideramos la dictadura como un mal que ofende nuestra consciencia política; vemos la falta de bienes materiales como un mal que

amenaza nuestra dignidad e incluso nuestra existencia; contemplamos la falta de amistad o de correspondencia en el terreno amoroso como un mal que pone en peligro el equilibrio de nuestro ser emotivo; y así, un largo etc. Pero todos estos 'males' lo son para nosotros porque cuestionan y desestabilizan las pretensiones de nuestra consciencia más personal y superficial, más egoísta o egoísta, podría decirse. En nuestra civilización, el mal ha dejado de ser un principio fundamental y cósmico cuya función -la función que él se habría impuesto a sí mismo- es alejarnos del de armonía y perfección para convertirse en un catálogo de temibles posibilidades que amenazan pertinazmente a nuestra pequeña personalidad de superficie y a sus mediocres propósitos, nuestro bien por excelencia.

¿Un principio fundamental, cósmico, que nos alejaría de una supuesta armonía y perfección e idealidad originales? ¿Es que hemos de volver a las viejas e ingenuas historias de edenes y expulsiones del paraíso? Con mayor o menor razón, más o menos dignas de consideración, lo que esas historias ingenuas (sólo en apariencia) revelan es, en primer lugar, que la condición primordial del hombre, no la condición histórica sino la psicológica, es la de un Ser-Verdad o, dicho de otro modo, que el ser original del hombre, lejos de ser un mero accidente de la vida, corresponde a una verdad eterna en el Ser o Consciencia Suprema y que, por esta razón, le está destinado un lugar preciso en el esquema universal de la manifestación; en segundo lugar, que esa condición primordial de verdad y perfección tuvo que ser abandonada para dar lugar al juego de la manifestación y evolución presentes; en tercer lugar, que este abandono se realizó gracias a la intrusión de un principio de negación y oscurecimiento de aquella verdad original; en cuarto lugar, que no puede existir finalidad más propia del hombre, más digna y más satisfactoria, nada que responda más perfectamente a la aspiración de su ser esencial, que la recuperación de esa condición primordial de verdad, perfección y armonía en el seno mismo de esta manifestación universal. Pues, de otro modo, este rodeo por los senderos del tiempo, la ignorancia, el dolor y la muerte no tendría ningún sentido. Estas cuatro revelaciones le resultan especialmente incómodas al hombre exterior a causa de la presión a la que lo someten: por una parte, vacían total o parcialmente de contenido objetos y experiencias que para él son primordiales; por otra parte, le impulsan a un esfuerzo de crecimiento, de auto-recreación, del que no siempre es o se cree capaz, o que no siempre es compatible con su vida externa. La perspectiva contraria, la del hombre como un mero accidente de la vida en un minúsculo planeta de un universo desconocido y sin finalidad aparente, constituye un marco conceptual y existencial más acorde con su proyecto de vida porque, por un lado, no presiona en ningún sentido su consciencia y su energía y, por el otro, permite que sea su propia mente la que juzgue -en realidad no hará sino justificar- el valor de sus finalidades, motivaciones y actos. Sin embargo, esta última perspectiva deja totalmente insatisfecho al hombre interior, al hombre más maduro y más consciente que empieza a vivir en una región de sí mismo donde las conquistas y posesiones impermanentes del exterior pierden toda su gloria y donde empieza a aspirar a logros y posesiones contra los que el tiempo, el infortunio y la muerte de su envoltura material no tengan ningún poder.

Necesariamente, este hombre deberá alejarse del mundo superficial de los 'bienes' y los 'males' y retornar al universo más profundo del Bien y el Mal, aun sabiendo que este dualismo es esencialmente falso y que sólo cobra realidad en un nivel de la consciencia intelectual inferior, por así decirlo, que contempla a la realidad bajo el prisma de los contrarios. En efecto, si el Bien es ese estado de Verdad, Perfección, Conocimiento y Armonía originales y el Mal es lo que, a través del rodeo de la negación aparente de todo ello, conduce a una Verdad, Perfección, Conocimiento y Armonía mayores: ¿no es el Mal, entonces, una modificación temporal de ese Bien original? Esta reconciliación final, sin embargo, no puede tener efectos prácticos hasta que

el hombre ha trascendido su nivel de consciencia mental, ha comido de un fruto aun más dulce y más excelso que el que le valió la expulsión del paraíso.

Pero ¿cómo formulará ese hombre en camino hacia su Ideal el Bien y el Mal?, ¿desde qué región de sí mismo?, ¿de acuerdo con qué?; ¿le serán de alguna utilidad los principios éticos vertidos por las diversas doctrinas religiosas y filosóficas? Es bien cierto que la ética, sea ésta social o religiosa, es la menos rudimentaria de las posiciones actuales frente al problema del Bien y el Mal y el comportamiento humano. Pero la ética sólo es un primer paso, un paso vacilante e insatisfactorio, en la formulación del Bien y el Mal y, por lo tanto, de un camino hacia el Ideal. Porque la ética no deja de surgir de la proyección e imposición de unas normas mentales a la vida, normas extraídas o derivadas de una concepción previa de la realidad, una concepción religiosa, filosófica o científica que, ya sea su origen la propia mente o una experiencia superior a ella pero reflejada e interpretada por la mente, siempre será parcial y susceptible de ser cuestionada siendo, por tanto, un suelo poco seguro para soportar el edificio ético. De hecho, el vacío de valores en el que vive nuestra cultura tiene aquí su origen: las doctrinas cristianas, en Occidente, se han revelado incapaces de comprender que su modelo humano, el Cristo, sólo puede ser emulado a partir de un crecimiento mayúsculo de la consciencia de los hombres y no por la mera imposición de unas normas a su estado de consciencia actual, pues esto no lleva más allá de burdas e hipócritas imitaciones. Al separar de un modo tan radical las naturalezas del hombre y del Hijo del hombre, al negar al hombre su divinidad esencial, queda éste en la práctica condenado al mero cumplimiento de unas reglas cuya mente puede llegar a aceptar, pero contra las que su vitalidad acabará por rebelarse. Por ello, querer rellenar el vacío de valores presente por medio del retorno a una ética sustentada en un desconocido Más Allá -del que unos pocos hombres cuyo nivel de consciencia, para no hablar de su altura moral, es semejante o inferior al del resto de los hombres se erigen en interpretes y mediadores- está condenado necesariamente al fracaso más absoluto. La ética, así pues, puede ser un molde temporal de nuestra conducta, pero está muy lejos del ideal.

Se torna de este modo necesario dirigir la mirada hacia esa verdad esencial que el hombre es, su consciencia primera, el estrato más íntimo y profundo de su naturaleza, su alma. Porque ese Ser-Verdad o Consciencia-Verdad original sólo ha sido negado y oscurecido en apariencia, sólo es algo ajeno, incluso inexistente, para las partes más exteriores de su psique, pero sigue residiendo en el centro de todas las cosas y sigue admitiendo que se establezcan vínculos y puentes con todos los otros planos y niveles del hombre cuando el propósito de éste es el de un crecimiento y evolución sinceros. Si el hombre no es sólo un epifenómeno en el universo material condenado a la desaparición temprana o tardía como piensan los materialistas y los acosmistas, si existe en él una verdad, si tiene un lugar en el orden universal, una finalidad, una misión que cumplir, si responde a una realidad duradera, eterna, todos estos contenidos deben ser realidades vivas, dinámicas y permanentes en el estrato más esencial de su consciencia: su Alma, su Ser-Verdad o Consciencia-Verdad. Es esta Alma -y en la medida en que logren vivir vinculadas a ella, el resto de sus consciencias, la mental, la emotiva, la vital, la física- la única que puede distinguir espontáneamente y sin recurrir a conceptos o principios previos lo que es el Bien, es decir, lo que impulsa al hombre hacia su Ideal, y lo que es el Mal, lo que le aleja de él. Es ella, por tanto, -y en la medida en que consigan vivir en su destello, los demás planos de consciencia- la única que puede verter las verdaderas directrices de comportamiento y señalar el camino hacia el Ideal. Finalmente, es Ella la única que puede reconciliar el Bien y la nota discordante del Mal en una armonía de orden superior que permite contemplar este dualismo como una ingenuidad temporal, aunque necesaria, en la evolución de la consciencia del hombre.

Así, la radicalización del Bien y el Mal en la mítica y en la épica (la verdadera narrativa mítica y épica y no los burdos sucedáneos que ha debido sufrir el público literario y cinéfilo del siglo XX) dista mucho de ser algo improvisado y superficial. Constituye, más bien, la expresión de una experiencia espiritual que trasciende los límites de la mente; trata de revelar el juego de fuerzas fundamental del cosmos e invita al hombre a tomar partido en él. Podría argumentarse que esa revelación se hace aquí también desde el intelecto y que el hombre que toma partido en ese juego movido por ella se hallará en situación semejante a la del *homo eticus*. Pero en realidad no es así, la narrativa mítica y épica no establece patrones o normas de conducta, sino trata de evocar en su público aquellos estados del ser que más pueden aproximarlos a su Ideal, trata de poner en resonancia a través de su simbología sutil el ser exterior del hombre con su ser más íntimo... con todos los peligros, por supuesto, que una falsa asimilación de la misma conllevaría. No nos hallamos aquí ante protagonistas que se satisfacen en sus debilidades o asumen sin cuestionarlas siquiera sus ambiciones como motores primerísimos de su acción, no nos hallamos aquí ante héroes del amor propio; aquí, si los modelos parten de la debilidad, es para marchar hacia un ideal de fuerza y autodomínio; si tienen ambiciones, éstas trascienden su personalidad exterior y son universales; si caen en el error revelando el lado más humano de su naturaleza, es para manifestar a la larga una consciencia más grande ya sea en la derrota o en la victoria.

De este tipo de épica y mítica Tolkien es sin ninguna duda el más grande creador de nuestro tiempo. Fue capaz de canalizar una poderosa fuente de inspiración que nos permite, más allá de la mera experiencia lúdica de *El Señor de los Anillos* -tan legítima, por otra parte, como cualquier otra-, un nivel de lectura y de emoción que puede llegar a satisfacer a nuestro ser más íntimo y despertarnos a realidades más profundas.

II. EL MAL EN EL ARCO INVOLUTIVO

En medio de esta batalla que sacudía las estancias de Ilúvatar y estremecía unos silencios hasta entonces inmutables, Ilúvatar se puso en pie por tercera vez y era terrible mirarlo a la cara. Levantó entonces ambas manos y en un acorde más profundo que el Abismo, más alto que el Firmamento, penetrante como la luz de los ojos de Ilúvatar, la Música cesó. Entonces Ilúvatar habló y dijo: -Poderosos son los Ainur y entre ellos el más poderoso es Melkor; pero sepan él y todos los Ainur que yo soy Ilúvatar; os mostraré las cosas que habéis cantado y así veréis qué habéis hecho. Y tú, Melkor, verás que ningún tema puede tocarse que no tenga en mí su fuente más profunda, y que nadie puede alterar la música a mi pesar. Porque aquel que lo intente probará que es sólo mi instrumento para la creación de cosas más maravillosas todavía, que él no ha imaginado.

Silmarilion

I

Para contemplar el origen del Mal y su naturaleza primera, es necesario remontarse de los días tardíos de la *Guerra del Anillo* a la eternidad que precedió al curso de los días y que nos narra el *Silmarilion*. Dos figuras consecutivas encarnan este principio: Melkor primero, de la estirpe de los Ainur o Valar, los Poderes de Dios, y Sauron después, su servidor, de la estirpe de los Maiar, poderes menores de la Naturaleza.

En el nombre de Melkor descubrimos la antigua raíz *mlk* que prosperó en las lenguas llamadas semíticas aportando el significado de *realeza, poderío*: como *Melek*, que en hebreo es rey; o Molok, el tremendo dios cananeo que exigía sacrificios de infantes, ya fuese para apaciguar su destructivo furor, ya en testimonio de su gnosticismo o existencialismo de dios-filósofo. Idealmente, la realeza contiene y expresa los aspectos de excelencia y poderío. Si los antiguos profetas de Israel previnieron al suspirante pueblo que pedía un rey a imagen de las otras naciones de los peligros que conllevaba su anhelo, fue (en parte) porque como hombres de espíritu comprendían que el poderío a menudo conduce a los privilegiados por él a perder todo lo que en ellos existe de excelencia —como, por otra parte, salvo en los contados casos de David y Salomón, no dejó de ocurrir en toda la historia de ese pueblo que se autoproclamó elegido—.

Melkor, que es el más poderoso de los Ainur, como entre los ángeles lo era Lucifer, es, también, el menos excelente. En cuanto que poderes salidos del Único, los Ainur, y entre ellos Melkor, no son sino aspectos individualizados del Dios Personal Supremo, tal y como lo son respecto de Brahman los dioses védicos (Ilúvatar lleva la preformante *Ilu*, de una raíz '*l*', que en las lenguas semíticas constituye la base de los nombres divinos: como el '*El* cananeo, '*Elohim* hebreo o el *Alá* musulmán. Eru, otro de los nombres de Dios, el más noble, se explica bien desde la raíz sánscrita *ri*, "ser excelente, noble, digno de admiración", que halla derivados o parientes en una ancha franja desde la India a Egipto y a Grecia: *eri*, 'señor' en urártico y hurrita; *ur*, 'grande, luminoso' en egipcio y sumerio; *ari*, 'león' en hebreo, en cuanto que animal grande y solar, y

‘gran hombre’ en arameo; *aristos*, ‘noble’ en griego; etc.).

En este sentido, Melkor, el rey, no es el enemigo irreconciliable de Eru, el excelente, sino poderío que se ha separado de la excelencia o que se ha creído separado de la excelencia o que ha cobrado consciencia de su separación e individualidad, a pesar de que la escisión absoluta es imposible. Melkor es voluntad propia separada de la Voluntad, y es esto lo que Gichtel, el místico alemán discípulo de Böhme, considera el Mal. Desde la perspectiva de Ilúvatar, que es el Todo y todo lo imaginable, Melkor es Eru negándose a sí mismo y cooperando, merced a esta negación, con los planes de la Manifestación. Desde la perspectiva del propio Melkor, él es él mismo, una individualidad independiente que no acepta servir a más voluntad que la suya, una individualidad capaz de torcer los planes del Único en provecho propio y acaso reinar, tal y como exige su nombre, y acaso igualar o superar incluso al Padre y Origen de todos los Poderes.

Así, en la actitud de Melkor, descubrimos no dos errores sino dos niveles de ignorancia: en primer lugar, el no reconocimiento de su identidad profunda, pues él no es sólo el más poderoso de los Ainur sino el mismo Dios. En segundo lugar, la presunción de que la superación del Único, caso de que ésta fuese posible, sería la consecuencia de un poder mayor, no de una mayor excelencia. El primer nivel de ignorancia constituye un alejamiento de su propio centro, de su Alma profunda y, por tanto, de su identidad verdadera; el segundo nivel de ignorancia le obliga a marchar, para reencontrar su identidad, recuperar su centro, por el camino indirecto de la ignorancia, el oscurecimiento, la negación, el error. Pero ¿puede alguien decir qué ocurrió primero, si el alejamiento del centro o la efervescencia de la propia voluntad? Ambos hechos, voluntad propia e ignorancia, aparecen estrechamente trabados; imposible decidir, como no fuera desde la todopenetrante mirada de Ilúvatar, cuál es la causa y cuál el efecto. El mal es, con Gichtel, voluntad propia, pero el mal es, con Aurobindo Ghose y con Platón, ignorancia. Pero la ignorancia y la negación no sólo forman parte de los planes de Ilúvatar sino que hasta podría decirse que son fundamentales en el proyecto de la Manifestación. Porque Manifestación es evolución, una evolución que no puede empezar, si no culmina primero el desarrollo del movimiento descendente, el que conduce del Todo a la Nada aparente, el arco involutivo. Manifestación es historia, desarrollo de la Totalidad en el Tiempo limitador a través del cual marchan los seres ignorantes de su plenitud para conquistar una plenitud mayor no sospechada. Y así lo hará Melkor, que quiere ser Eru y no sabe que lo es; Melkor, que quiere ser más que Eru y no sabe que luchando contra Él ayuda al proceso evolutivo y hace que Eru sea Eru más el Mundo creado por Él, Eru superándose a sí mismo mediante aquello que lo niega, tal es la vía inescrutatable de la Divinidad.

Respecto a cómo se produjo la caída en la Ignorancia... Es la división, la separación, el principio de aislamiento del Permanente y Uno lo que la produjo; el ego manifestándose a sí mismo en el mundo y enfatizando su propio deseo y su propia afirmación con preferencia a su unidad con el Divino y con todas las cosas; se produjo porque en lugar de una sola Fuerza, Sabiduría, Luz determinando la armonía de todas las fuerzas, se permitió a cada Idea, Fuerza, Forma de las cosas manifestarse a sí misma tanto como pudiese, en la masa de infinitas posibilidades, mediante su voluntad separada e, inevitablemente al final, a través del conflicto con todas las demás. División, ego, la consciencia imperfecta, la búsqueda a tientas y lucha de una autoafirmación separada constituyen la causa eficiente del sufrimiento y la ignorancia de este mundo. Escindida una consciencia de otra, todas ellas cayeron inevitablemente en la Ignorancia, y el resultado último de la Ignorancia fue la Inconsciencia; de un oscuro e inmenso Inconsciente surge este mundo material y de él un alma que a través de la evolución crece en la consciencia por medio de la lucha y el esfuerzo, atraída por una Luz oculta, ascendiendo

*ciegamente aún hacia la perdida Divinidad que es su origen*¹.

II

El despertar en Melkor de la propia voluntad y con él el nacimiento del Mal es descrito por Tolkien mediante la bella imagen de una sinfonía ideada por Ilúvatar de cuya armonía el más poderoso de los Ainur decide apartarse para crear sus propios acordes y juegos musicales. El Mal empieza como una discordancia; una discordancia, sin embargo, que el Gran Compositor es capaz de incluir en una armonía aún no sospechada por ninguno de los virtuosos ejecutores. Pero para ello es necesario antes que esas notas y acordes ajenos al plan original de la Obra lleven hasta el extremo de sus posibilidades su poder discordante: sólo de esta forma todos y cada uno de los elementos de negación y confusión hallará su lugar preciso en una Afirmación más perfecta, sólo así podrá ser contrapesado por la nota adecuada que se servirá de él para establecer y expresar un nuevo Equilibrio de indescriptible belleza. Ese llevar el poder discordante hacia su punto de máxima intensidad es lo que llamamos ‘el Arco Involutivo’.

Y el primer momento del arco involutivo es el descenso a Arda, la Tierra, de todos los Poderes: los que laborarán en ella para la manifestación de la Divinidad, de su extrema belleza y poder y sabiduría, su deleite inconcebible de existir y crear y manifestar, y aquellos otros, como Melkor y los que él ha logrado corromper, que obrarán para la destrucción de lo creado, para la negación de todo lo Divino, comprometidos con la autoimpuesta misión de establecer un reino de oscuridad en la Tierra donde acaso, piensan, no llegue el todopoderante ojo de Ilúvatar. A este primer momento pertenece el despertar de los elfos, los primeros hijos terrestres de Ilúvatar, y, porque estos seres recién despiertos a la consciencia serían más vulnerables a la astucia y mentira de Melkor o a su poder destructor, los Ainur o Valar los invitan y guían a Valinor, su reino inmortal en la Tierra, donde estarán a salvo de los peligros que el Enemigo ha sembrado en la Tierra Media, país de su despertar. Valinor es, originalmente, el lugar en Arda preservado del mal. Valinor es la manifestación terrestre —porque la Tierra es todavía lo bastante pura para albergarlo— del cielo de los Ainur. Valinor es, originalmente, el paraíso terrenal donde los Poderes y los hijos de Ilúvatar pueden convivir en amor mutuo y mutuo respeto y reconocimiento.

A partir de este primer grado del arco involutivo, de este primer instante de alejamiento en el espaciotiempo de Ilúvatar, la guerra entre las dos tendencias, la evolutiva y la involutiva, aquella que representan los Valar con su impulso hacia el cielo y aquella que encarna Melkor con su gravitación hacia el infierno, es inexcusable, y Melkor se mostrará un elemento difícil de exterminar. Aun cuando es finalmente vencido en el campo exterior de la batalla, aun cuando es encadenado durante mil años y mantenido luego como rehén en Valinor, su astucia le permitirá, a la larga, sembrar el mal incluso en esa tierra preservada en principio del mal, este primer paraíso, anegando en la inquietud, tal como la serpiente hizo con Eva en el Edén del mito hebreo, el corazón de los elfos y empujándolos al enfrentamiento con los Valar, sus hermanos mayores. La presencia del mal en Valinor constituye el segundo momento del arco involutivo, momento en que Arda y sus estirpes quedan más alejadas de Eru. Melkor, mantenido como rehén en Valinor después de su derrota primera y encadenamiento, opera con suma astucia en su trato con los elfos, sabe que es a ellos y no a los Ainur a quien puede confundir. Su acción, ejemplo de una fina y perversa psicología, se desarrolla en tres periodos: primero, pone a disposición de los elfos su saber y habilidades; segundo, estudia a los que confían en él intentando descubrir, ante todo,

¹ Aurobindo Ghose, *Letters of Yoga*.

aquello que más perfectamente revela su egoísmo, aquel objeto, aquel valor, del que jamás prescindirían aun a costa de sus vidas. Sabe, pues él es la raíz de todo egoísmo, que el amor extremo a una realidad exterior, ese sentimiento que tan fácilmente se convierte en un deseo de posesión en el que el poseedor y lo poseído llegan a fundir sus posiciones e identidades en una sola llama de pasión, es el origen de la debilidad. En tercer lugar, siembra la mentira enfrentando a unos y otros, haciendo aparecer a los unos como inminente peligro para los otros de perder lo único que no estarían dispuestos a rendir:

Entonces Melkor codició los Silmarils, y le bastaba recordar cómo brillaban para que un fuego le royese el corazón. De allí en adelante, buscó ansiosamente y aun más que antes la manera de destruir a Fëanor y de poner fin a la amistad entre los Valar y los Elfos; pero ocultó estos propósitos con astucia, y ninguna malicia podía verse en el semblante que mostraba. Mucho tiempo trabajó, y lentos y baldíos fueron sus afanes. Pero al que siembra mentiras le llega a la larga el tiempo de la cosecha, y pronto puede echarse a descansar mientras otros recogen y siembran en vez de él. Aun Melkor encontró oídos que lo escucharan, y algunas lenguas que agrandaran lo que habían oído; y sus mentiras pasaron de amigo a amigo como secretos cuyo conocimiento prueba la inteligencia de quien los revela. Amargamente pagaron los Noldor la locura de haberle prestado oídos en los días que siguieron después.

La serpiente del Génesis siembra la inquietud en el corazón de Eva, pero la serpiente no miente a la mujer: ¡Comed y seréis como dioses!, y así hacen y eso devienen, y Elohim debe cortarles el camino al árbol de la vida para que su recién conquistada divinidad no sea completa y no pueda compararse a la suya. La serpiente no sólo no miente, sino que apela al principio luminoso, inmortal y divino en Eva: ¡Sed como dioses! Melkor dice: ¡Poseed, retened, defended aquello que poseéis con vuestra vida y aun a costa de vuestra alma si es preciso! Instigando a la posesión exterior, Melkor empuja a la desposesión de sí. Y ¿puede haber terreno mejor labrado para el odio y la mentira, para el egoísmo y la violencia, que el corazón del que no se posee y la mente del que confunde su sí mismo con aquello que cree poseer, del que confunde su ser con su pertenencia?

Así, cuando Fëanor, el creador de los Silmarils, las joyas que contienen la Luz original de Valinor que iluminó el mundo desde el nacimiento de los Árboles Primordiales anteriores al Sol y a la Luna, es convocado por los Valar para que, ahora que los Árboles han sido destruidos por Melkor, restituya las joyas a Yavanna y pueda esta Valar dar nueva Luz al mundo, el elfo responde:

Para los pequeños, como para los mayores, hay siempre algo que sólo pueden hacer una vez; y luego el corazón ha de reposar. Puede que sea posible abrir mis joyas, pero nunca otra vez haré otras parecidas; y si he de romperlas, se me romperá el corazón y moriré; el primero entre todos los Eldar de Aman... No lo haré de propia voluntad. Pero si los Valar me obligan, sabré entonces con seguridad que Melkor es como ellos.

Lo que Fëanor, que se llama a sí mismo el primero de los elfos, está negando a los Valar, a los Dioses, es la misma Luz que ellos le otorgaron para hacer sus preciadas joyas. A lo que Fëanor está condenando a Valinor es a la oscuridad, que es la expresión física de la inconsciencia, y con ello se está condenando a sí mismo, a los Silmarils y a toda Arda, la Tierra, a la misma pena: tiniebla, ignorancia, desconfianza, alejamiento de Eru, mentira, lucha por la posesión, incapacidad para reconocer el bien y distinguirlo del mal. Fëanor, el elfo, uno de los primeros hijos inmortales de Ilúvatar, está colaborando, merced a su ignorante egoísmo, porque no es capaz de mirar más allá de una falsa identificación de su naturaleza, con los planes de

Melkor, su mortal enemigo y el enemigo de toda la Tierra.

En los cielos de Ilúvatar, el Mal nació como separación de la Armonía, la Voluntad y la Personalidad o Identidad Supremas y originales. Pero esta triple separación es sólo aparente, pues no puede existir nada más allá de la Armonía, Voluntad y Ser de Dios; esta triple separación es sólo el efecto de la proyección de una voluntad mentirosa, que decide o se ve impulsada a dejar de reconocerse en su Fuente más íntima, en su Sí Mismo más profundo. A esta falsa voluntad de separación se le torna pues necesario establecer un espacio intermedio de inconsciencia entre su identidad real y su identificación de superficie, un denso dominio de impenetrable oscuridad sobre el cual pueda parecer real el espejismo de un 'yo' disociado del Todo y dueño de sus actos. Hacer cada vez más ancho e intrincado este espacio, poblarlo de todo tipo de criaturas que en la mente de los seres conscientes se manifiesten como sugerencias de destrucción y autodestrucción, es la estrategia de Melkor con todos aquellos que, a diferencia de los Valar, no tienen un contacto directo e inviolable con su identidad más profunda, su Padre y Creador. A partir de ahora, el Mal siempre actuará gracias a este espacio y a través de él, ocultando su naturaleza hasta el último instante, aquel en el que sus consecuencias son ya inevitables; como Melkor, que para destruir los Árboles sagrados de Luz, se sirve de la araña gigante Ungoliant y llega hasta ellos protegido por la No-Luz que el monstruo es capaz de tejer. Melkor ensanchará esa franja de oscuridad, en primer lugar, empujando a los seres conscientes cada vez más hacia su exterior: Fëanor ya no es una criatura de Eru nacida para expresar y gozar, en la naturaleza élfica y en el campo de experiencia terrestre, la Naturaleza infinita y eterna, sino un nombre, una personalidad definida con intereses propios cuyo centro es la posesión de los Silmarils. Fëanor ha dejado de ser uno de los aspectos del Ser Esencial, una de sus múltiples posibilidades de manifestación, para ser un acontecimiento en un juego de fuerzas o sistema de relaciones falseado; es decir, ha dejado de ser eterno para ser temporal, ha dejado de ser inmortal para ser —porque todo acontecimiento necesariamente lo es— perecedero. En segundo lugar, Melkor obligará a los seres así escindidos de su Verdad profunda a replegarse sobre sí mismos en un acto de protección frente a un mundo en el que reinan el peligro y la enemistad. Esta doble escisión, vertical respecto al mundo divino, horizontal respecto al mundo terrestre, es la cruz en la que queda clavado el ego sufriente de los seres individualizados. Y esta cruz es el precio que paga Ilúvatar, el Uno, por devenir Múltiple; que pagan los seres individuales por su individualidad y multiplicidad.

III

El oscurecimiento de Valinor es, en realidad, doble: no sólo los dos Árboles Luminosos son destruidos sino que Melkor, llamado a partir de ahora Morgoth, roba los Silmarils empujando a Fëanor al terrible juramento que será la perdición de los elfos y la causa de una nueva caída en el arco involutivo:

Entonces pronunció Fëanor un terrible juramento. Los siete hijos se acercaron a él de un salto y juntos hicieron el mismo voto, y rojas como la sangre brillaron las espadas al resplandor de sus antorchas. Era un juramento que nadie puede quebrantar ni nadie ha de pronunciar, aun en nombre de Ilúvatar, y pidieron para ellos la Oscuridad Sempiterna si no lo cumplían; y a Manwë nombraron como testigo, y a Varda, y a la montaña sagrada de Taniquetil, prometiendo perseguir con odio y venganza hasta el fin del Mundo a Vala o Demonio, Elfo u Hombre aún no nacido, o cualquier otra criatura, grande o pequeña, buena o mala, a la que el tiempo diese origen desde ahora hasta la consumación de los días, que guardara, tomara o arrebatara uno de

los Silmarils de Fëanor'.

La voluntad propia, la mentira que fructifica en ella, en el espacio oscuro que la separa de su Fuente y Origen; ahora, la venganza, el odio, la compulsión a recuperar unas joyas al precio del propio destino, terreno y ultraterreno. Hasta este punto puede vestirse de heroísmo la acción ignorante de hombres que se ignoran. Fëanor, sus hijos y sus secuaces, confunden por medio de este juramento la concepción de la guerra como medio, medio último pero medio al fin y al cabo, para llevar la antorcha al corazón del reino de las Tinieblas, para imponer al mundo un *dharma*, una ley, que impida o frene la destrucción ejercida por el Señor Tenebroso, una ley que procure, en última instancia, el desarrollo integral de todos los vivientes en lugar de la satisfacción de los poderosos. Fëanor, mediante su juramento, ha obligado a un giro violento a la violencia: ya no más el bien contra el mal, sino el que codicia contra el que posee. Y, necesariamente, a su juramento deberá seguir una larga y vergonzosa historia de Caínes y Abeles. Melkor fue el principio, pero en su momento de mayor optimismo, ¿pudo imaginar siquiera cuál sería el final?

Los Silmarils, que pasarán a formar parte de la corona de hierro de Melkor y no por el amor de éste a la luz sino a la posesión, serán como un cometa excelente arrastrando una estela de inmundicia. A diferencia del Anillo Único de Sauron, el más fiel y hábil de los servidores de Melkor y su heredero en el trono siniestro cuando aquél sea arrojado por fin de Arda, los Silmarils no son la encarnación material del mal, no podrían serlo puesto que su esencia es la luz de los Valar, pero están sujetos de uno y otro modo al mal por el juramento del elfo, están condenados a causar el daño estén donde estén y sólo su pérdida definitiva —en el mar, en el cielo y en el agua—, o su reintegración a los poderes que constituyen la fuerza sutil y esencial cuya manifestación son estos elementos —reintegración porque esos poderes son, en realidad, los Poderes, los Ainur— les librerá finalmente de su horrible destino. El Anillo de Sauron, en cambio, encarnación de la voluntad de su artífice, deberá ser destruido para que cese su deletérea influencia sobre la Tierra.

Sí, el mal ya no es sólo el Mal, Melkor ha logrado sembrar su semilla en todos los seres del Mundo a excepción de los Valar excelsos. Si bien siguen existiendo el Bien y el Mal en sus formas puras, primordiales, sobre la faz de Arda ya no puede hablarse de buenos y malos sino de criaturas en cuyo interior dos tendencias libran una batalla aparentemente interminable: la ignorancia y la sabiduría, el deseo de poseer y la aspiración a ser, el egoísmo y el don de sí, la involución y la potencia transformadora de la evolución. Por un lado los Valar, por otro Melkor y todas las criaturas creadas por él, orcos, balrogs, dragones, trolls; en el amplio centro: elfos, hombres, enanos, hobbits, caballos, aves, anillos, armas, montes, bosques, ríos, climas, grutas, árboles... porque a todos ellos se les da la posibilidad de elegir, llegado el momento definitivo de la batalla, alinearse a uno o al otro lado del campo.

Pero la partida de los Noldor (la más augusta estirpe élfica) de Valinor, que, como hemos dicho, marca el tercer momento del arco involutivo de Arda, supone un cambio de actitud fundamental de los elfos con respecto a la vida. Para los Valar, su descenso a Arda desde las doradas estancias de Ilúvatar, no podía tener otro sentido que manifestar en la Tierra la gloria del Más Alto, expresar en el plano de la Materia la Verdad Trascendente del Divino. Cuando los Valar hallan a los elfos, los primeros nacidos de Eru, les muestran el camino de Valinor y éste no es sólo una experiencia física sino también psíquica: el camino de Valinor es el de la consciencia y la Verdad, el de aquellos seres que quieren vivir según la ley de Ilúvatar, la ley del amor y del crecimiento, del poder y del conocimiento auténticos. Los huidos de Valinor no son sólo los huidos de los Ainur sino también de Ilúvatar y, por tanto, de la Ley Suprema, ley que no es una

imposición por parte del Poderoso a sus criaturas sino el modo en que el Poderoso se manifiesta en la Naturaleza a través de sus criaturas. Así, el alejamiento de la Ley Suprema, que en esencia, en profundidad, es imposible porque todo sirve al inescrutable plan cósmico de Ilúvatar, sólo puede tener lugar en la superficie, en la exacerbación de la autoconsciencia, del ego; y éste hace de la propia alma, de la Verdad, de la Ley Interior, de la percepción de la unidad de todas las cosas, algo cada vez más irrecuperable y, por tanto, más inconcebible. La pérdida de la Ley Interior, por su parte, hará necesaria la ley exterior impuesta por los poderosos a los que no lo son y, a pesar de que en la Tierra Media se alzarán dos reinos cuya motivación principal será el crecimiento y la belleza, el heroísmo y la sabiduría, Doriath y Gondolin, y por ello mismo duraderos hasta el fin de los días de los elfos, la vida será a partir de ahora la historia de las luchas entre elfos y elfos o entre elfos y hombres —nacidos entre tanto— o entre elfos u hombres y enanos por la posesión de este o aquel objeto de valor, este o aquel pedazo de tierra en el que vivir.

Melkor, retirado mientras en su fortaleza, puede dedicarse tranquilamente a la cría de todo tipo de seres terribles mientras al otro lado de sus puertas y hasta los confines de la Tierra Media la semilla del odio fructifica y los hijos de Ilúvatar se destruyen mutuamente y se debilitan. Alejados del Origen, los elfos y hombres de la Tierra Media, han perdido su sentido, su razón de ser, y, por ello, también su fuerza. Y así, cuando finalmente los ejércitos de Melkor avancen desde la siniestra fortaleza del norte, los reinos caerán uno tras otro como castillos de naipes bajo las patas de los orcos y la única solución para elfos y hombres será volverse hacia el oeste y hallar, nuevamente, el camino de los dioses, volverse hacia la Voluntad auténtica, hacia el Poder verdadero, hacia la Ley que les trasciende. Y cuando esto ocurre, los Valar, los Poderes, reciben al heraldo de derrotados y sufrientes, Eärendil, como un padre al hijo pródigo:

¡Salve, Eärendil, de los marineros el más afamado, el buscado, el añorado que viene cuando ya no queda ninguna esperanza! ¡Salve, Eärendil, portador de la luz de antes del Sol y la Luna! ¡Esplendor de los Hijos de la Tierra, estrella en la oscuridad, joya en el crepúsculo, radiante en la mañana!.

Eärendil pide ayuda a los Valar y los Valar acuden y arrasan al Señor oscuro y sus ejércitos librando a las razas de la Tierra Media de la opresión e instaurando una nueva era de renacimiento bajo el predominio de la raza de los hombres, los reyes de Númenor, la isla del oeste, la Atlántida o, como Tolkien la llama, Atalantë, a medio camino entre la Tierra Media y Valinor, un alto en el sendero de los dioses. Mediante su acción guerrera, los Poderes demuestran que ellos son lo único, en definitiva, en lo que pueden confiar los hijos de Ilúvatar, pero que para impulsarlos a la acción liberadora se requiere, ante todo, una cosa: volver la mirada hacia Valinor y poner en resonancia el corazón, el propio centro, con el Centro Universal, que es la fuente de la Ley-Verdad.

IV

Y tras el renacer, con los elfos en la isla de Eressëa, que mira al este y al oeste, y los más excelsos de los hombres en Númenor, la caída, de nuevo la caída a un pozo ahora más profundo, cuarto grado del arco involutivo, que obligará a Valinor a desaparecer de la Tierra, a retirarse a la atmósfera mística y secreta de Arda y a volverse accesible ya no por las sendas que todo ojo puede columbrar, toda quilla hender, toda nave andar y desandar, sino por los caminos misteriosos, inescrutables, que sólo se revelan a los seres, escasos, excepcionales, que han

desarrollado una mirada distinta de la física y común, que han construido naves en nada parecidas a las materiales: ojos, naves, aptos sólo para las sendas del Espíritu, que son las sendas del Infinito.

Y tras el renacer, la caída, porque

... a Morgoth los Valar lo arrojaron por la Puerta de la Noche, más allá de los Muros del Mundo, al Vacío Intemporal; y sobre esos muros hay siempre una guardia, y Eärendil vigila desde los bastiones del cielo. No obstante, las mentiras que Melkor el poderoso y maldito, Morgoth Bauglir, el Poder del Terror y del Odio, sembró en el corazón de los Elfos y de los Hombres, son una semilla que no muere y no puede destruirse; y de vez en cuando germina de nuevo; y dará negro fruto aun hasta los últimos días.

Melkor, o Morgoth, ha sido expulsado de la Tierra pero aún es capaz de hacer llegar hasta ella su siniestra influencia, y es Sauron, el Maiar, el amo del Anillo Único, quien se ocupará de canalizarla. La corrupción de Númenor por Sauron es paralela a la de Valinor por Melkor, con la diferencia de que cuando Sauron llega a Númenor derrotado y convertido en rehén, como Melkor llegó a Valinor, halla la tierra de los corazones de los hombres preparada no ya para la siembra sino, casi, para la cosecha del mal. Y es que tiempo atrás, los hombres empezaron a codiciar la vida inmortal de los elfos y a preguntarse por qué sólo a su raza se le prohibía visitar la tierra eterna de los Valar. La muerte, que originalmente era el don de Ilúvatar a los hombres — concebidos para ser sólo huéspedes temporales de la morada terrestre y herederos de un destino más allá— se transforma en el supremo mal y la envidia de las estirpes inmortales del oeste lleva al pueblo de Númenor a dividirse:

La mayor de las dos partes fue llamada los Hombres del Rey, y eran gente orgullosa, y se apartaban de los Elfos y los Valar. Y la parte menor se llamó los Elendili, los Amigos de los Elfos; porque aunque en verdad se mantenían fieles al rey y a la casa de Elros, deseaban conservar la amistad de los Eldar, y escucharon el consejo de los Señores del Occidente. No obstante, ni siquiera ellos, que se daban a sí mismos el nombre de los Fieles, escaparon por entero a la aflicción común, y la idea de la muerte los perturbaba. De este modo la beatitud de Oosternesses menguó; aunque continuó aumentando en poder y esplendor.

Si el ‘pecado’ de Fëanor, el más excelso de los elfos, había sido la codicia, si lo que le había llevado a alejarse y a alejar a los Noldor de la Voluntad de Eru encarnada en los Valar era la impotencia para desprenderse vital, mental y materialmente de los Silmarils, que él tomaba por suyos y por sí mismo, no es distinto el de los reyes de Númenor, los más excelsos de los hombres, y del pueblo arrastrado por ellos. Fëanor se aleja de Ilúvatar, y, con él, de su identidad profunda, real, al confundirse a sí mismo con los Silmarils; los numenoreanos se alejan de los Valar y, con ellos, de sí mismos, al confundirse con sus propias vidas temporales. Al igual que Melkor, al igual que Fëanor, quieren poseer y gobernar aquello que no les pertenece según la Ley-Verdad interior; y, aunque reyes coronados en el exterior, internamente devienen esclavos desposeídos y destronados. En los tres casos, el de Melkor, el de Fëanor, el de los reyes de Númenor, el motor para la acción ha dejado de ser aquella aspiración primordial y espontánea de los Valar a expresar en acto de creación y manifestación lo que esencialmente son, ha dejado de ser la aspiración a objetivar, a exponer en términos de Tiempo y Espacio, su naturaleza profunda no manifestada para convertirse en el deseo de algo que les es ajeno, que no pertenece a su esencialidad, a su Ser-Verdad, a sus Almas. Y es este deseo de algo ajeno, de un no-yo, lo que traza una ruta de alejamiento del Yo a través de un no-tiempo o tiempo-falsedad. En efecto, un tiempo que, hallando su origen en la confusión de lo que se Es con lo que no se Es y, por tanto,

de lo que debe ser buscado o manifestado con lo que debe ser ignorado o evitado, discurrirá a través de una línea de acontecimientos desorientados, impropios, falsos: la desviación o perversión, la formulación en términos de ignorancia y de deseo, de un movimiento original hacia la expresión de la Verdad interior. Y todas las acciones fundadas en esta primera confusión, sus efectos y los efectos de sus efectos, contribuirán a curvar esa línea temporal hacia abajo, a hacer más vertical e insalvable el abismo del arco involutivo, más impenetrable la ignorancia, más lejana la identidad profunda y por ello más irreconocible el verdadero motor de la acción. Así, a los reyes de Númenor, Sauron sólo debe darles un pequeño empujón para acabar de precipitar su tremenda caída. Sauron los hallará más que dispuestos a volver las espaldas al Señor Luminoso y el rostro al Señor de la Oscuridad, a convertir su ignorancia en envidia y su envidia en acción guerrera no ya contra otra raza u otro pueblo semejante sino contra los mismos Valar, los Poderes que sustentan la Tierra, aspectos del todopoderoso Ilúvatar. Y esta guerra que los numenoreanos se deciden a emprender no es sino la exteriorización de la batalla que ellos sostienen ya consigo mismos, con su naturaleza profunda y, por tanto, con los Poderes de esa Naturaleza-Verdad esencial; una batalla que sólo puede acabar en su propia destrucción.

Y ahora, así como en otro tiempo las razas del este volvieron su rostro y corazones hacia el Oeste implorando la intervención de los Valar, los hombres se vuelven en la misma dirección pero alzando un grito guerrero y amenazando con sus espadas desenfundadas el horizonte inmortal. ¿Habrán de responder los Eternos a semejante provocación?

Cuando Ar-Pharazôn, último rey de Númenor, pone su pie en la Tierra Inmortal de Valinor instigado por Sauron y la declara suya,

Ilúvatar mostró su poder, y cambió la forma del mundo; y un enorme abismo se abrió en el mar entre Númenor y las Tierras Inmortales, y las aguas se precipitaron por él, y el ruido y los vapores de las cataratas subieron al cielo, y el mundo se sacudió. Y todas las flotas de los Numenoreanos se hundieron en la sima, y se ahogaron, y fueron tragadas para siempre. Pero Ar-Pharazôn el rey y los guerreros mortales que habían desembarcado en la Tierra de Aman quedaron sepultados bajo un derrumbe de colinas: se dice que allí yacen, en las Cavernas de los Olvidados, y que allí estarán hasta la Última Batalla del Día del Juicio. Pero las Tierras de Aman y Eressëa de los Eldar fueron retiradas y llevadas para siempre más allá del alcance de los Hombres. Y Andor, la Tierra del Don, Númenor de los Reyes, Elenya de la Estrella de Eärendil, fue destruida por completo.

V

Hemos llegado así al fondo del arco involutivo, ese estadio en el que el Mal ha desarrollado hasta su máximo grado de intensidad su poder de discordancia; ese instante en que los elfos, los hombres, los seres conscientes son abandonados a sus propias fuerzas y a su propia inspiración para ejecutar las notas de una Vieja Armonía en un mundo que parece la misma negación de toda armonía. En su desarrollo, el Mal ha seguido siempre la línea del mayor poder —Melkor, el primero entre los Valar; Fëanor, el primero entre los elfos; los reyes de Númenor, príncipes de la estirpe de los hombres— exacerbando en los seres creados dos dimensiones: la dimensión individual y la dimensión titánica. Porque estas dos dimensiones eran necesarias en el Juego de Manifestación —el *Lila*, tal como lo llama la tradición india enfatizando el aspecto lúdico del Universo—, porque eran necesarias en el Cosmos ideado por Dios, al Mal se le ha permitido ser el Señor del Mundo por un tiempo y entonar los terribles acordes de su Fuga hasta el extremo de la posibilidad de separación. Pero el tiempo ha de llegar en que su obra sea

incorporada a la gran Obra, lo individual y lo titánico añadido e insertado en el entramado divino, el deseo reconvertido en Aspiración, la voluntad fundida con la Voluntad, la línea curva del tiempo-engaño enderezada y dirigida hacia lo Alto: es el Tiempo en que los ojos de los seres podrán contemplar la Tormenta sin terror y oír el Trueno como la nota triunfante de un éxtasis musical hasta entonces desconocido.

Esta nueva ruta en el tiempo es lo que llamamos el Arco Evolutivo y exploraremos a continuación.

LO QUE GANDALF APRENDERÍA DE TOM BOMBADIL

-Estoy ahora con vosotros -replicó Gandalf- pero pronto no estaré. Yo no voy a la Comarca. Tendréis que deshacer vosotros mismos los entuertos: para eso habéis sido preparados. ¿No lo comprendéis aún? Mi tiempo ha pasado ya: no me incumbe a mí enderezar las cosas, ni ayudar a la gente a enderezarlas. En cuanto a vosotros, mis queridos amigos, no necesitaréis ayuda. Ahora habéis crecido. Habéis crecido mucho en verdad: estáis entre los grandes, y no temo por la suerte de ninguno de vosotros. Pero si queréis saberlo, pronto me separaré de vosotros. Tendré una larga charla con Tom Bombadil: una charla como no he tenido en todo mi tiempo. Él ha juntado moho, y yo he sido una piedra condenada a rodar. Pero mis días de rodar están terminados, y ahora tendremos muchas cosas que decirnos.

El Señor de los Anillos III

¿Quién puede dudar de que Tom Bombadil recibiría a Gandalf cantando, riendo y bailando, y que Gandalf debería recurrir a su poder de Ishtari para sentarlo tranquilamente frente a una mesa o hacerle pasear en calma por alguno de los soleados senderos del Bosque Viejo para poder tener esa charla con él como no la había tenido en todo su tiempo? Gandalf llega de una guerra, de una guerra larga y dolorosa que ha llenado de heridas toda la Tierra y la ha sembrado de las muertes de sus mejores hijos. Guerra contra la sombra. No una guerra por la posesión de un pequeño o gran territorio, ni para afianzar el poder económico de tal o cual país, ni para obligar a un bloque o a otro a un gran gasto militar de modo que la vida de sus gentes no logre arrancarse a la miseria. No, se trataba de algo mucho más simple en el exterior: defenderse de la oscuridad, el dolor, la ignorancia y la esclavitud. Una guerra que se revela inmediatamente como algo legítimo, algo que persigue satisfacer las aspiraciones más profundas y verdaderas de todo ser consciente: Paz, Belleza, Fraternidad, Amor... Y Gandalf llega cansado, y dolorido -al fin y al cabo es él quien ha atravesado los abismos de Moria y recibido las heridas del látigo del Balrog-, pero victorioso y legitimado. Y, sin embargo, la alegría con la que le recibiría Tom Bombadil no sería la fiesta que despierta la vuelta del amigo amado, no sería un modo de celebrar la victoria del bien y la derrota del temido enemigo de Mordor. La alegría de Tom es natural, espontánea, no la despierta ningún hecho externo, aunque todo el exterior se ve constantemente inundado por su vibración fresca y dulce; no brota motivada por ninguna experiencia, tiene su morada permanente en el corazón de Bombadil, aunque resuena en cada pájaro, en cada nube, en cada árbol, a cada paso, y es como una inundación de sol y música y aroma de manzanas maduras. ¿El enemigo, la guerra...? Si ha llegado a enterarse de que ha habido una guerra, ha sido vana, lejanamente, como quien oye hablar de la pelea intrascendente de dos muchachos bravos e inmaduros. ¿El bien y el mal?... Qué puede importarle que la Tierra sea blanca o negra si nada, nada, puede perturbar la alegre paz perfecta de su bosque. ¿Un egoísta? No faltará quien lo considere así desde el egoísmo absoluto de nuestros días y nuestra civilización, pero quien lo haga ¿será capaz de llenar la atmósfera de tanta alegría y de irradiar, aun en los peores momentos, tanta paz? ¿Qué inmenso poder o qué sabiduría secreta es pues la que le permite

mantenerse por encima de los contrarios, ser invulnerable en su pequeño bosque incluso para el enemigo al que temen todos los reyes de los elfos y los hombres, ser fuente inagotable de felicidad y luz y frescura? Este secreto es lo que Gandalf quería oír de labios de Tom al sentir acabado su tiempo. Porque ¿no cuestiona, en cierto modo, la actitud de Tom los actos de todos aquellos que se han enfrentado al mal derrochando su sangre y su vida; no hace aparecer las hazañas de los más valientes como algo profundamente infantil y ridículo despojándolas de todo asomo de heroísmo? Acaso Gandalf, el mago, el Ishtari, el conductor de los ejércitos de la luz, el verdadero vencedor de la guerra del Anillo, llegó al bosque de Tom incubando un temor secreto, desconocido hasta entonces. Acaso sintió que era precisamente aquella charla la que le daría o robaría la auténtica victoria, la victoria definitiva.

Imaginemos que Gandalf ha conseguido recordar un hechizo que obliga aun a los locos a hablar seriamente e imaginemos también que Tom Bombadil ha consentido, por puro afán de divertirse con algo nuevo, porque nada puede atraparlo, en jugar a hechizadores y hechizados. Ahora bien, si Gandalf le preguntase a Tom directamente cuál es su secreto, Tom estallaría en carcajadas y no podría continuar el juego: ¿Secreto? ¿Qué secreto le permite al pájaro volar o al almendro dar sus frutos o a la nube gris derramarse como agua de oro bajo los rayos de un sol que renace mientras ella muere? Todo esto es secreto sólo en y para la mente del hombre, pero para el pájaro, el almendro y la nube es ley de vida, expresión de sus más profundas e inexplicables naturalezas. Gandalf debe dar un rodeo, explicarle los avatares de la guerra y soportar con el estoicismo propio de un mago y un guerrero que Tom sonría allí donde cualquier hombre, hobbit, elfo o enano tragaría saliva o sería incapaz de retener una lágrima. Imaginemos que, llegado a cierto punto de su relato, Gandalf decide que ya es momento de dar la estocada que suscite una respuesta:

-Y todo eso ocurría mientras tú correteabas arriba y abajo por los caminos de tu bosque viejo.

Tom, sin duda, sonreiría y Gandalf sentiría que su frase había surgido con el ritmo de un reproche y que un reproche era algo absurdo dirigido a una consciencia tan falta de ego y egoísmo, tan impersonal, como para gozar de Todo y de todas las cosas y reírse de cada circunstancia, en cualquier situación. Y, sin embargo, Bombadil comprendería más allá de las palabras de Gandalf la intención secreta de Gandalf, la perplejidad secreta de Gandalf, el secreto que explica la visita del mago. Y un poco por juego, un poco por compasión, respondería:

-Oh Gandalf, desde la cima de los sabios se vislumbra el blanco y el negro, pero yo paso el día con la espalda sobre la húmeda hierba mirando cómo corren las nubes: ¿cómo podría luchar si para mí no existen los bandos?

Y Gandalf le miraría a los ojos, que serían como ventanas al Mundo, como un mapa viviente donde todo tiene su morada, donde todos los colores, todas las vibraciones se armonizan y parecen existir en un tiempo que no pasa, en un día que se ha casado con su hermana, la noche, más allá de esa estrecha escalera hacia las cimas del ser y la consciencia que se llama historia. Y comprendería.

-Es cierto, tú no contemplas la Tierra desde la cima de los sabios, sino desde esa altura insondable donde el valle se reconcilia con la cumbre. No distingues el blanco del negro porque todo sorprende tu ojo con la luz multicolor de perfección que Ilúvatar puso secretamente en todas sus criaturas. No separas el bien del mal porque en todo hallas a Dios disfrazado, jugando al

escondite consigo mismo. Y ahora dime: a ese monte en el que perduras ¿cómo se llega?; esos ojos que ven en lo falso y pasajero la Verdad y lo Permanente ¿qué mérito los otorga?; a ese estado que es inexpugnable habitación de tu consciencia ¿cómo lo llamas?

Y Tom, acaso, respondería:

-¿Nirvana, Mukti, Moksha, Satori, Bienaventuranza...? Oh amigo, éstos son los nombres que oído de los labios de los cultos. Pero yo no tengo noticia de todas esas reconciliaciones de las que me hablas. Es todo mucho más simple, tan simple y espontáneo como el ensancharse del pecho cuando la aurora arroja sobre el campo la primera frescura del aire. Pero las palabras lo complican todo, lo falsean todo... Por eso siempre canto y callo y río apenas una palabra quiere volar desde mis labios con su absurda pretensión de verdad. Mira a tu alrededor, Gandalf, y ríe conmigo. Desde siempre todo ha estado hecho ya. Lo que Ilúvatar ha querido nunca ha dejado de existir, nunca ha tenido un comienzo. Lo que Él ha proscrito jamás ha existido, jamás empezará. El Tiempo, que trae y que lleva y que llega con su pretensión de traer cosas nuevas o frustrar propósitos o volver posibles realizaciones que nunca antes lo fueron, sólo existe en la consciencia inquieta de los seres vivos. Un instante es todos los instantes, si tus ojos son capaces de contemplar a la vez todo el horizonte, pero te harán falta muchas vidas si quieres contemplar el Mundo átomo a átomo y sufrirás cuando debas abandonar la gloria del primero de los átomos para descubrir el milagro del segundo, y a cada paso. ¿He dicho Nirvana, he dicho Moksha, Mukti...? Sí, me dice mi memoria que éstos son los nombres que le dan los cultos... mi memoria del Instante; pero, mira, el nombre no dice nada, a esta cumbre no se llega por ningún camino, estos ojos no los otorga ningún mérito. Es precisamente el silencio en la ausencia de todo nombre, la renuncia a todo camino y el abandono de toda virtud lo que te hacen despertar a... los que te hacen despertar. Y cuando comprendes que todo está realizado ya desde siempre en una eternidad que nunca ha comenzado ni jamás concluirá, ¿qué otro propósito tendría la existencia o la inexistencia más que el goce dichoso y perfecto de todo lo que está o la dicha de la gratitud sin límites al que lo es Todo por la existencia de todo?

Y Gandalf miraría a su alrededor, miraría a través del cristal de la ventana hacia el exterior y vería helechos, flores, arbustos, árboles, pájaros, pero comprendería que aún no era capaz de ver el Bosque. Y diría:

-Pero aunque la mente comprenda...

-No, no -interrumpiría Tom con la dulce humildad de quien se atreve a dialogar con un alto sabio-, la mente es incapaz de comprender. La mente es ese órgano que ve helechos y flores y arbustos y árboles y pájaros y de su adición concluye la existencia de un bosque. Pero no ve el Bosque. Y si mira de cerca el pájaro ve la suma de un pico y unas alas y unas plumas que resume con un nombre, pero pierde al pájaro. No, la mente no... la mente no puede comprender y, si quiere ayudar, debe renunciar a comprender y aprender a callar.

Y Gandalf, aturdido:

-¿Entonces... ?

Y Tom:

-Comprensión más allá de todo entonces... ese comprender que es ser.

-Y esa comprensión ¿hurtaría las criaturas al dolor?

-Las criaturas sufren no por exceso de ambición, sino por defecto de ambición. Sufren porque no comprenden que han superado el límite que les oprimía hasta que se dan de bruces con otro límite. Si ambicionasen ser divinas... si ambicionasen serlo todo y sin límites... antes o después descubrirían esa región de su ser donde ya lo son y comprenderían que sus regiones oscuras recibirán la luz no cuando las inunden los bienes, las virtudes, la sabiduría, las respuestas a todos sus interrogantes, sino cuando pierdan todo el lastre. Y desnudarse de todo ¿no es mucho más sencillo que comprar todas las ropas del mundo? Mira, la vida de los seres inquietos es un continuo desnudarse... y ellos mismos no lo saben y creen nadar contracorriente. Al final la muerte los alcanza y les roba hasta el último vestigio de sus cuerpos.

-Pero en lo que tú dices ¿cómo hallar el impulso para la acción?

-¿La acción? Sí, ya te comprendo. Yo no hubiese combatido jamás contra Sauron. Nada puede robarme mi consciencia. En las mazmorras de Mordor hubiese hallado motivos para ilustrar mis canciones y los guardianes se habrían sorprendido con mi risa. ¿No vería yo a Ilúvatar tras la máscara negra del Enemigo? ¿No serían para mí las rejas de la prisión los brazos protectores del Supremo y las cadenas sus manos acariciantes? ¿No serían los orcos los muchos rostros del Omnipotente sonriendo desde detrás del velo de la deformación? Acaso, Gandalf, acaso la Compasión por las criaturas podría llevarme a la acción; pero acaso, Gandalf, acaso, la misma idea de que nos decidimos a la acción sea profundamente falsa y todas las acciones y no-acciones de todos los seres estén ya decididas desde siempre y para siempre en la Consciencia Única. ¿No ha sido dicho: 'Cuando no puedas decidir entre hacer o no hacer, obsérvate desapasionadamente dudar mientras el Curso de las cosas actúa por ti'?

Y Gandalf, con la humildad del que no sabe nada y nunca ha sabido nada y nunca querrá saber nada, miraría atrás y se vería manejar la espada contra los capitanes negros de Mordor, él mismo una espada obediente en la mano de Ilúvatar. Comprendería que él y Tom eran dos aspectos de la misma Consciencia, dinámico uno, estático el otro, y tan necesarios uno como el otro para la plenitud de la Manifestación. Y sabría que Ilúvatar Es la reconciliación de los dos, y mucho más. Y acabaría de un trago su cerveza y tomando del brazo a Tom saldría de la cabaña cantando y bailando y riendo, capaz por fin de ver el Bosque.

EL SEÑOR SENESCAL

-¿A menos que retornara el rey?- repitió Gandalf-. Y bien, señor Senescal, tu misión es conservar el reino todo lo que puedas aguardando ese acontecimiento que ya muy pocos hombres esperan ver. Para el cumplimiento de esa tarea, recibirás toda la ayuda que desees. Pero una cosa quiero decirte: yo no gobierno en ningún reino, ni en Gondor ni en ningún otro, grande o pequeño. Pero me preocupan todas las cosas de valor que hoy peligran en el mundo. Y yo, por mi parte, no fracasaré del todo en mi trabajo, aunque Gondor perezca, si algo aconteciera en esta noche que aún pueda crecer en belleza y dar otra vez flores y frutos en los tiempos por venir. Pues también yo soy un senescal. ¿No lo sabías?

El Señor de los Anillos III

Del reino que cada hombre es, el Rey está ausente. Porque cuando llega el Rey y el Senescal lo reconoce y consiente en abrirle las puertas de su capital y devolverle el cetro que Aquél le confió, el hombre deja de ser hombre, trasciende su condición y revela, a través de su individualidad, algo del Todo, y a través de su naturaleza terrestre algo del Infinito que velan los móviles cielos. Cuando llega el Rey, cuando ocurre eso en lo que ya pocos hombres son capaces de creer, pocos hombres son capaces de esperar, aun de atreverse a desear, cuando eso ocurre y el señor Senescal hinca ante Él la rodilla y le dice: ‘Pasa y toma posesión de lo que es Tuyo. He aquí un cuerpo que yo he fortalecido para Ti, para que sea Tu vehículo, perfecto y dócil, capaz de revelar siquiera una porción de Tu inmenso poder y transmitir Tu *Ananda* inconcebible. He aquí un corazón que yo he acrisolado y purificado para Ti en la alquimia dolorosa y deliciosa de saber renunciar a todo para poseerlo Todo. He aquí una mente que he enriquecido para Ti, que he alimentado con las ideas más cercanas a la Idea; que, como quien amaestra a un azor, he hecho remontarse hasta los cielos de la Intuición de donde me ha traído doradas presas y, después, la he dejado sumirse en el silencio para que algún día fuese capaz de transparentar, sin modificación alguna, los rayos de Tu Luz’; cuando eso ocurre, algo del Mundo es revelado en el mundo, y la Tierra Prometida desvía sus ríos de leche y miel hacia el Reino.

Pero esa entrega sin condiciones no es fácil. El Rey no acostumbra a proclamar su llegada y los heraldos que lo preceden evitan toda pompa, su aspecto es humilde y los signos que ofrecen del Retorno son secretos, incomprensibles para quien no conoce el *lenguaje de los pájaros*. Y, por otra parte, no hay nada en el mundo que provoque una identificación más inextricable que el poder. El dolor es una bestia que me muerde; la ira, un huracán que ruga a través de mí; la felicidad, una brisa que va y viene; pero el poder... ¡el poder soy yo! Y si el señor Senescal no ha logrado superar esta falsa consciencia, si su labor en el Reino ha sido de tal calidad que le ha llevado a amar más el cetro y el trono y la sumisión de los hombres de la tierra que su propia sumisión y fidelidad a un Poder que detenta pero no le pertenece, no reconocerá al Rey, no querrá reconocer al Rey.

Óyeme bien, Gandalf Mithrandir, yo no seré un instrumento en tus manos. Soy un Senescal de la Casa de Anárion. No me rebajaré a ser el chambelán ñoño de un advenedizo. Porque aun cuando pruebe la legitimidad de su derecho, tendrá que descender de la dinastía de Isildur. Y yo no voy a doblegarme ante alguien como él, último retoño de una casa arruinada

que perdió hace tiempo todo señorío y dignidad.

¡Non serviam! -clama Denethor, Senescal de Gondor.

Denethor, Señor del poderoso reino que constituye el primer muro de contención de Mordor, el imperio de la Sombra; Denethor, sabio como los magos, perspicaz como las serpientes, fuerte y orgulloso como los caballos de raza; Denethor, padre de dos hijos, pasional uno y amante del poder como su progenitor, puro el otro y amante de la sabiduría. Los lectores del *Señor de los Anillos* encuentran a Denethor en el último acto de su vida, una vida sin duda gloriosa pero que no coronará la Gloria. La guerra está a las puertas de Gondor, a las puertas de Gondor está la Sombra contra la que Denethor ha luchado desde su torre, durante oscuras y esforzadas noches, mediante el Palantir, la piedra roja que permite a la mente penetrar secretos que escapan a los hombres. De sus dos hijos, Denethor ha perdido a Boromir, el fuerte, el amante de la acción inflamada, de la palabra que hiere y azuza, el más amado. Sin él se sabe privado de una parte de su fuerza, de una parte aun mayor del sentido de su propia existencia... y sabe, además, que así como frente a él está la Sombra, a sus espaldas se halla aquel que reclamará el trono, el Rey, y lo siente como una sombra aun mayor y más oscura que la Sombra. Tal es la situación en la que nos es presentado el señor Senescal. Ahora bien, porque en el Reino que cada hombre es hay un Senescal frente a la Sombra y con el Rey a sus espaldas, y padre de dos hijos, uno de los cuales se opondrá al Rey y otro le abrirá las puertas, conocer a Denethor, comprender sus actos y omisiones, es ahondar en nosotros mismos.

Boromir el fuerte, el más amado, el guerrero sin duda noble pero más amante de la pasión que del saber, más vital que intelectual o espiritual, más crepuscular que iluminado, nos ofrece la primera de las claves para conocer a Denethor... porque lo semejante es amado por lo semejante. De los nueve miembros que constituyen la Compañía del Anillo, Boromir, a pesar de la nobleza de su corazón que demuestra su muerte heroica tanto como su vida heroica, será el único que alimentará la falsa idea de que el Mal puede ser combatido con sus propias armas. Y el arma principal del Mal es el Anillo. Pero el Anillo ata, el Anillo liga, el Anillo sujeta y subyuga y aniquila la voluntad, el Anillo transforma y no para bien; el Anillo deforma, esclaviza, mata. Por la posesión del Anillo, la consciencia del elfo o del mago se transforma en la del diablo o titán; la del hobbit o del enano, en la de un monstruo semejante a Gollum; la del hombre, en la del perro. El Anillo es el símbolo y encarnación de Poder, pero del poder de posesión, de fragmentación, de anulación, un poder titánico destinado a poblar de infiernos y espectros los planos de la Inconsciencia. ¿Por qué Boromir y también Denethor desean el Anillo y se rebelan contra su destrucción? Es la personalidad pasional, el ego pasional en el hombre, más inclinado al resultado inmediato que capaz de albergar la calma en su mente y su corazón y de dirigir desde ella el curso de la acción, más centrado en sí mismo y en su interés o su deseo que capaz de una visión oceánica, global, que tiene en cuenta el complejo juego de fuerzas subyacente a cada drama humano o histórico, es esa personalidad la que cree posible separar la cualidad 'poder' del resto de cualidades asociadas a él. Porque no mira más allá del momento presente, porque no ve más allá de sí mismo, porque cree que el mundo es un paisaje construido alrededor de y para su individualidad, la ecuación Anillo = Supremo Poder = Suprema Victoria es algo indiscutible para él. No comprende que el enemigo nunca está sólo en el exterior, que el verdadero campo de batalla no es el exterior, que la guerra nunca se desarrolla sólo entre individuos o naciones. Centrado en la estrecha franja de su consciencia personal pide el 'Aquí y Ahora'. El ego pasional, activo, vital, es necesario en el proceso de creación del individuo, pero es una etapa que debe ser superada, si el individuo quiere llegar a albergar al Rey y transformarse en Individuo. Y es precisamente el ego iluminado, el más amante del saber que de la pasión, más espiritual que

vital, más solar que crepuscular, la formación en la que el anterior debe trascenderse. Si el Rey ha de llegar, debe ser Faramir quien lo reciba, de ningún modo su hermano Boromir o su padre Denethor; pues es Faramir, el discípulo de Gandalf, el de corazón tranquilo y generoso, el capaz de una acción inspirada por la sabiduría, que ve más allá de sí mismo y del momento presente, el único que sabrá decir, que querrá decir, que se atreverá a decir:

El último Senescal de Gondor solicita licencia para renunciar a su mandato,

mientras ofrece su vara blanca, símbolo de señorío, al Monarca Desconocido. La sabiduría reconoce a la sabiduría y el sabio reconoce al que es más sabio que él. El Universo es una creación jerárquica en cuya cima se hallan los seres más conscientes y luminosos, aquellos que se identifican más integralmente con la Consciencia Suprema. El que ama la Luz reconoce a aquel que porta en sí más Luz que él y el puro se inclina ante el Portador de la Luz. Inclinandose, ofreciendo la vara de gobierno, el puro sabe que su tiempo ha pasado, que ha de nacer -la llegada del Rey lo vuelve inevitable- otro tiempo, que la vieja creación con sus viejos moldes será substituida por una nueva y serán nuevos los días, los horizontes y los soles. Pero el puro, el sabio, el iluminado, lo acepta sin inquietud porque su vista siempre ha estado dirigida al infinito. Denethor, muy al contrario, clamaba todavía antes de morir:

Querría que las cosas permanecieran tal como fueron durante todos los días de mi vida, y en los días de los antepasados que vinieron antes: ser el Señor de la Ciudad y gobernar en paz, y dejarle mi sitio a un hijo mío, un hijo que fuera dueño de sí mismo y no el discípulo de un mago. Pero si el destino me niega todo esto, entonces no quiero nada...

Faramir gritará:

¡Hombres de Gondor, escuchad ahora al Senescal del Reino! He aquí que alguien ha venido por fin a reivindicar derechos de realeza,

y en su grito Tolkien nos hará percibir la emoción del que sabe que tiene lugar un nuevo comienzo, que empieza una era más luminosa gracias a la intervención de un principio superior que él no es capaz de comprender pero ante el que, obedientemente, se doblaba.

Pero ¿acaso Boromir explica perfecta y absolutamente a Denethor? ¿No hemos sugerido que Denethor era, también, sabio? En Denethor, tal como nos dice Gandalf, habitó, efectivamente, la sabiduría. Pero ¿puede sobrevivir la sabiduría sin pureza, es decir, sin la voluntad de dependencia exclusiva de la Luz? Denethor, además de sabio, era perspicaz, y el perspicaz acostumbra a dar rodeos o a buscar atajos por las zonas sombrías... y a veces, como le ocurrió a Saruman, pierde la pureza y, perdida la pureza, lo abandona la sabiduría. ¿Qué atajos buscó Denethor en la Sombra? Para penetrar en los secretos del tiempo y del espacio, Denethor usó el Palantir. Los Palantir fueron originalmente siete, las siete piedras que permitieron la comunicación lejana entre los reyes de la antigüedad, la transmisión del pensamiento de consciencia a consciencia, la incursión de la mente a través de rutas secretas. Desde que uno de los Palantir cayó en manos del Enemigo, ¿quién habría de atreverse a mirar a través de las piedras?, ¿quién sería capaz de penetrar la mente de la Sombra y salir sin mácula? Sólo el perfectamente puro y sabio y fuerte podría. Sólo Aragorn, el Rey. La más pequeña sombra de egoísmo crecerá al contacto con la Sombra, la más pequeña sombra de deseo invitará a la Sombra a deslumbrar la propia mirada con su juego de falsos claroscuros. ¡Revélame qué deseos y serás mío! Para ser capaz de penetrar la Sombra y ganarle sus secretos, hay que ser capaz de

una visión desinteresada y una confianza absoluta en que, sean cuales sean los acontecimientos inmediatos, la victoria final de la Luz es segura. En esa visión desinteresada se funda la Calma; en la Calma, la Fuerza; en la Fuerza, la Confianza. Sin estos poderes, la mente no puede pretender abismarse en la Inconsciencia o la Mentira sin ser engañada, cegada y poseída. Por el modo de mirar de la mente inquieta y por la dirección de su mirada, la Sombra no tardará en descubrir lo que aquélla desea. Le tenderá el señuelo, le proporcionará incluso la fuerza vital para que se sienta capaz de alcanzarlo, le obligará a comprometerse, a gastar una parte de su luz y de su libertad. Cuando la mente esté a punto de lograr su objetivo, la Sombra retirará el señuelo un poco más abajo y luego más y más, y cuando la distancia sea irrecuperable retirará también las fuerzas que antes proporcionara y el intrépido explorador de los bajos fondos de la consciencia se descubrirá débil y esclavo, incapaz ya de escapar a la trampa. Comprenderá, demasiado tarde comprenderá, que ha descendido más de lo que jamás habría sospechado y que para hacerlo ha dependido de fuerzas falsas, bien distintas de aquellas que proporciona El Que Jamás Abandona. La mácula de egoísmo o de deseo se ha transformado en posesión por la Sombra y el que quiso robarle sus secretos a Sauron se ha convertido en propiedad de Sauron. En estas condiciones, albergar todavía en uno mismo la esperanza de ser uno mismo sólo puede llevar a la locura... y tal es el destino de Denethor. ¡Qué distinto su destino, si en lugar de concentrar su visión en la Sombra la hubiese dirigido al Rey! Sólo se requería un cambio de posición: volverle la espalda a la Sombra y el rostro al Portador de la Luz. Mirar al Sol en lugar de a la noche, a las alturas Supraconscientes en lugar de a las inconscientes profundidades, y aspirar, con toda la sinceridad que nace del reconocimiento de la incapacidad humana para iluminar la Plena Obscuridad, a que el Portador de la Luz, el Rey, nos libre para siempre de lo que es a un tiempo inconsciencia, pasado, mentira, esclavitud y amenaza. Por la concentración en el mal no se supera el mal, todo lo que se logra es un pesimismo irredimible. Por la concentración en la limitación y el deseo no se logra la superación de la limitación y el deseo, todo lo que se consigue es prolongar su imperio. Por la concentración en la noche no se disuelve la noche, se disuelve la luz en los ojos que contemplan la noche. Es negando al mal, a la limitación y al deseo y a la noche su realidad esencial, su realidad en el Mundo Idea o Mundo-Verdad gnóstico, como cesan el mal y el deseo y la limitación y la noche. Es volviéndonos capaces de contemplar sólo la luz portentosa del Mundo-Idea que todo aquello que no goza de una realidad en él se derrumba a nuestro alrededor como las piedras nebulosas de un castillo visto en sueños que la aurora convierte en ruinas, en niebla, en nada.

¡Si el señor Senescal hubiese sido capaz de ese cambio de posición... ! Pero su destino no era el del fuego apasionado de la aspiración que llama al Rey, ni el del fuego transformador de la Verdad última, sino el del fuego devorador de la pira mortal.